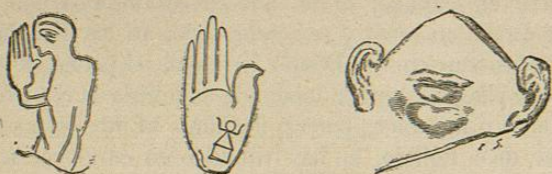


ya anualmente y privados del mando del ejército, no fueron ya más que los presidentes de este consejo y los jefes religiosos de la nación. Los centunviros que se nombraban ellos mismos por cooptación podían llamar á los generales para pedirles cuentas, y se sirvieron de este derecho para poner bajo su dependencia todas las fuerzas militares de la república. Con el tiempo los demás magistrados y el senado mismo se hallaron sujetos á su intervención. Como senadores llenaban las comisiones formadas en el seno del



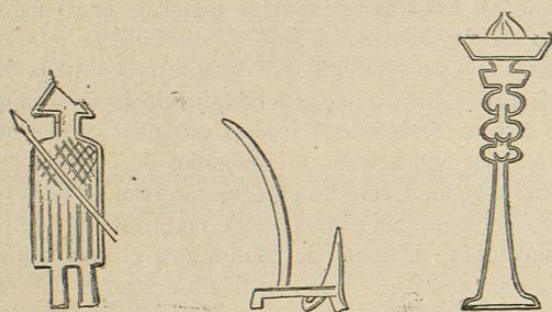
N.º 1. Adoración N.º 2. Mano del dios bendiciendo N.º 3. Ex-voto



N.º 4. Disco de Venus N.º 5. Palmera y estandartes



N.º 6. Barco N.º 7. Carro



N.º 8. Trofeo N.º 9. Arado N.º 10. Candelabro

Restos del arte púnico ó cartaginés

senado para dirigir cada uno de los ramos de la administración, la marina, la policía interior, los negocios militares, etc.; y como centunviros ejercían también alta vigilancia sobre estas comisiones. Finalmente, ellos constituían el tribunal en que se ventilaban los negocios judiciales, acaso la comisión de los *Treinta*, cuyos miembros eran vitalicios y que al parecer fué un consejo superior de gobierno (1). El nombramiento de los cargos públicos y el derecho de intervenir, en caso de desacuerdo, entre los sufetas y el senado, constituían las únicas prerrogativas de la asamblea pública.

(1) *Triginta seniorum principes: id erat sanctius apud illos, consilium, maximaque ad ipsum senatum regendum vis.* (Tito Livio, XXX, 16.)

No puede asegurarse que lo que acaba de decirse sea un fiel resumen de la constitución cartaginesa; los datos de los antiguos son insuficientes y en muchos puntos contradictorios; pero están, eso sí, están conformes en mostrar la prolongada preponderancia, en esta república, de la oligarquía, que para alejar á los pobres del gobierno, había establecido, como Roma, que fueran gratuitas las funciones públicas y permitía que una misma persona desempeñara simultáneamente varios cargos (2). Para designar á los senadores y á los jueces apelaba Atenas á la suerte, procedimiento muy democrático; Cartago sólo consultaba la riqueza, que no lo es en manera alguna.

El senado, y en el senado los centunviros, fueron por mucho tiempo los dueños del gobierno. Si la libertad, como la entendían los griegos de la decadencia, perdía en ello, en ello ganaba el poder; porque el senado cartaginés tuvo la política inmutable de los grandes cuerpos aristocráticos, que persiguiendo los mismos designios con energía y prudencia durante muchas generaciones, hace más por la fortuna de los Estados, que la cambiante influencia de las asambleas populares. Mantenía durante toda una guerra los mismos generales con mando, como por ejemplo Aníbal (3) el vencedor de Agrigento; Cartalón, el destructor de la flota romana, bajo las rocas de Camarina, Adherbal, el vencedor de Drepana; Himilcon, que estuvo nueve años en la Libia, y sobre todo Amílcar Barca, de quien no pudieron triunfar, durante seis años, todos los esfuerzos de sus poderosos enemigos. Pero vigilaba sus actos y castigaba sus faltas, no siempre la desgracia: así el vencido de Miles, sorprendido por una maniobra inusitada, conservó su confianza. Se le reprochan ciertos juicios rigurosos, y sin embargo tuvo razón en alejar de los mandos á los ineptos y en asentar la mano á la ambiciosa necesidad que se había deslizado allí y que siempre merece las severidades supremas, cuando ha perdido el ejército ó comprometido el Estado.

En el interior, no entregó, como Atenas, los tribunales al pueblo, es decir la justicia á las pasiones populares, y defendió tan bien el poder civil contra los jefes militares y los aduladores de la muchedumbre, que por espacio de quinientos años no se levantó una sola de esas *tiranías*, que tan á menudo surgieron en otras partes, naciendo de las complacencias del ejército ó de los excesos de la demagogia (4).

Contenida esta por todo un conjunto de instituciones aristocráticas, ligada al gobierno por la opulencia de sus

(2) Los dos hombres que con más autoridad han hablado de las instituciones de Cartago, Aristóteles y Polibio, están separados por dos siglos, pues el primero murió en 322 y el segundo en 122. El uno conoció á Cartago en la prosperidad y encuentra excelente su gobierno; el otro vió su ruina y culpa á sus instituciones. Los dos dicen la verdad hablando tan diversamente, y esta diferencia se explica por la de los tiempos en que vivieron. Sin embargo, Aristóteles había dicho: «Si alguna vez les sucediera un gran revés, si sus súbditos se negaran á la obediencia, los cartagineses no encontrarían en su constitución ningún medio de salvarse.»

(3) He aquí una curiosa explicación de algunos nombres cartagineses dada por M. de Sauley: Aníbal (*khanni-Baal*), es decir *Baal me ha tomado en su gracia*; Asdrúbal (*aazeron-Baal*), *Baal lo ha protegido ó lo protege*; Amílcar (*abd-Melkart*), *el servidor de Melkart*; Hannón (*khannoun*), *el gracioso*; Maharbal (*mahar-Baal*), *presente ó regalo de Baal*; Bodostor (*abd-Astaroth*), *el servidor de la diosa Astarté ó Astartea*; Bomílcar (*abd-Melkart*), *el servidor de Melkart*, etc.

(4) Se citan dos tentativas de usurpación. Aristóteles habla de cierto Hannón, á quien compara con Pausanias, y que en 340 fué condenado á muerte y murió después de horribles tormentos con toda su familia; y según Justino (XXI, 4) Bomílcar también, en 308, hubo de intentar una revolución.

establecimientos benéficos (1), todavía fué periódicamente debilitada por el envío al exterior de numerosas colonias. Cartago se desembarazaba así de aquel populacho sin patria ni dioses que acude á las grandes ciudades comerciales y en cuyo seno se agitan los bajos instintos, las pasiones brutales, la rencorosa envidia y todos los groseros apetitos y codicias.

La guerra detuvo esta corriente de emigración y sediciosas muchedumbres se acumularon en Cartago. A dar crédito al más sabio historiador de la antigüedad, las guerras

Púnicas, que en Roma consolidaron la unión, hubieron de modificar en Cartago la constitución del Estado en provecho de la multitud.

«Entre los cartagineses, dice el autor aludido, el pueblo era quien decidía de todo antes de la guerra de Aníbal; en Roma era el senado. Así los romanos, á menudo vencidos, triunfaron al fin por la prudencia de sus consejos (2).»

Hay pues que poner, según Polibio, la gran caída de Cartago á cuenta de la demagogia, la cual ha causado muchas otras.

## CAPÍTULO XX

### PRIMERA GUERRA PUNICA (264-241)

#### I. — TRATADOS ENTRE ROMA Y CARTAGO (509-279.)

Roma y Cartago se conocían de mucho tiempo atrás; tres veces ya habían sellado su alianza con tratados, como quiera que tenían los mismos enemigos: los piratas que recorrían el mar Tirreno y pillaban las costas del Lacio; más tarde los griegos italiotas y Pirro.

Aun conservamos estos monumentos de tan vieja diplomacia: Polibio los leyó en láminas de bronce, conservadas en los archivos de los ediles. Son interesantes por doble respecto para la historia de los acontecimientos políticos y para la del derecho de gentes. El más antiguo, que es á la vez un tratado de alianza y un tratado de comercio, fué negociado por Tarquino y concluido por los primeros cónsules de la república en 509.

«Entre los romanos y sus aliados, por una parte, y los cartagineses y los suyos por otra, habrá paz y amistad en las condiciones siguientes: Los romanos y sus aliados no navegarán más allá de Cabo Bueno, á menos que no sean impelidos por la tempestad ó por sus enemigos. En este caso, no les será permitido comprar ni tomar más que lo necesario para la carena ó recorrida de las naves y para los sacrificios de los dioses, debiendo hacerse á la mar dentro de los cinco días siguientes. Los negociantes ó mercaderes podrán traficar en Cartago, pero ninguna transacción será válida sino con la intervención del pregonero y el fecial públicos. Para todo género vendido en presencia de ellos, será garante la fe pública respecto del vendedor. Lo mismo se entenderá en Africa (en el territorio de Cartago), en Cerdeña y en la parte de Sicilia sujeta á los cartagineses.

»Los cartagineses no harán ningún daño á los pueblos de Ardea, de Ancio, de Laurento, de Circei, de Terracina, ni á ningún otro de los latinos sujetos á Roma. Se abstendrán de atacar (en esta parte de Italia) á las ciudades no sujetas á los romanos; y si tomaran alguna, la entregarán á Roma sin hacerle ningún daño. No construirán ningún fuerte en tierra del Lacio, y si desembarcaran en armas en tierras de los latinos, no pasarán la noche en ellas.»

Este tratado muestra el grado de poder á que Roma había llegado en tiempo de los reyes, cómo protegía entonces á sus súbditos y aliados latinos, y las ventajas que asegura-

ba á su comercio hasta en las lejanas costas de la Libia, aunque sin obtener de Cartago para sus navíos la libre entrada en el mar Oriental.

El segundo tratado es posterior en más de siglo y medio (348). Roma había invertido estos ciento sesenta y dos años en recobrar lo que el establecimiento de la república le había hecho perder. Cartago al contrario, al abrigo de las revoluciones bajo un gobierno aristocrático, había crecido en poderío. Entre sus aliados, contaba esta vez con Tiro y Utica, porque ahora representaba todas las ambiciones de la raza fenicia, unida contra aquellos griegos, que hacían á los antiguos dueños del Mediterráneo tan ruda competencia, que les disputaban la Sicilia, y amenazaban al mismo tiempo que el litoral romano del Lacio, las factorías púnicas del mar Tirreno. Así sus palabras son más altivas, y menos favorables sus concesiones. En el primer tratado prohibía á los romanos navegar en el Mediterráneo oriental; ahora mantiene esta prohibición y añade otra, la de pasar las columnas de Hércules. Les retira el derecho de traficar en Cerdeña y en África, y no se compromete ya á respetar las ciudades latinas que tome fuera del territorio romano. Consiente, sí, en devolver las plazas á sus aliados, pero vacías ya de oro y de cautivos, que esta vez se propone conservar.

El tercer tratado es del año 279. Pirro, entonces en Italia, inquietaba así á Cartago como á Roma y para apoyarse mutuamente contra el común enemigo, hubieron de renovar ambas ciudades su antiguo pacto de amistad. En su virtud, estipularon que ninguna de las dos aceptaría del rey de Epiro condiciones contrarias á la alianza, y que si uno de los dos pueblos era acometido por los epirotas, el otro tendría el derecho de socorrerlo.

«Cartago suministrará los barcos de transporte necesarios para la ida y vuelta, pero los auxiliares serán pagados por cuenta del Estado que los mueva. Los cartagineses prestarán ayuda á los romanos por mar, cuando éstos la necesiten, bien entendido que las tripulaciones de los barcos no saltarán nunca en tierra contra su voluntad.»

Estos tratados fueron sancionados por juramento. Los cartagineses juraron por los dioses de sus padres; los romanos por Júpiter Lapis, sobre los dos primeros, y sobre el último, por Marte y por Enyalio (3). El juramento por Júpiter Lapis se hacía así: «El fecial toma una piedra en la

(1) Los cartagineses tienen opulentos establecimientos, donde procuran colocar gran número de ciudadanos de la clase del pueblo. Así remedian el vicio ó defecto de su gobierno y al mismo tiempo aseguran entre ellos la tranquilidad (Arist., II, 8).

(2) Polib., VI, 51; XV, 30.

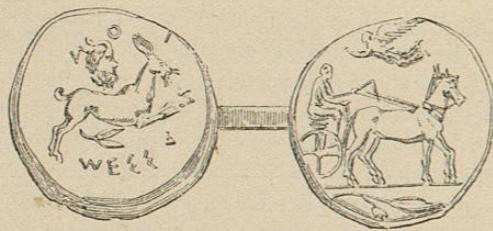
(3) Enyalio ó el *belicoso* fué al principio un sobrenombre de Marte; después se hizo de él un hijo de este dios. En la frase de Polibio probablemente ocupa el lugar de Quirino.

mano, y después de haber jurado por la fe pública que las estipulaciones serán fielmente guardadas por parte de Roma, añade: Si digo la verdad, bien haya; si pienso otra cosa de lo que digo, que todos conserven tranquilamente en su patria y al amparo de sus leyes, sus bienes, sus penates, sus sepulcros, y yo solo sea rechazado, como rechazo esta piedra. Y en diciendo esto arrojaba el fechal lejos de sí la piedra.»

Vimos que, ejecutando ya los cartagineses una de las cláusulas del tratado, antes de que la requiriera Roma, enviaron á Ostia ciento veinte galeras. El senado no aceptó el socorro, bien por la confianza que abrigara de que los romanos vencerían solos, bien por la desconfianza que les inspiraran aliados tan solícitos. De Ostia fué á Tarento la flota y su almirante ofreció su mediación á Pirro. Los cartagineses estaban con toda evidencia muy deseosos de que volviera el rey á las dulzuras de su reino. El rey, al contrario, no pensaba más que en la guerra; pasó á Sicilia y guerrecó allí tres años, y al salir de la isla exclamó: «¡Qué buen campo de batalla dejamos á los romanos y á los cartagineses!»

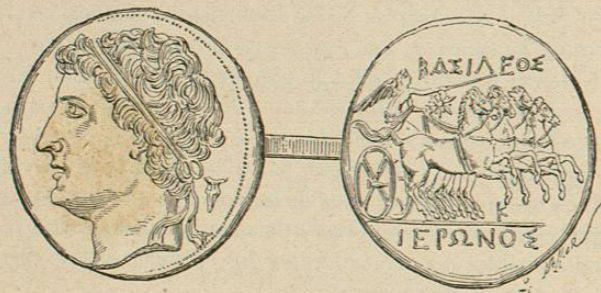
## II. — OPERACIONES EN SICILIA (264).

Ni Roma ni Cartago podían abandonar á un poder rival la grande isla situada en el centro del Mediterráneo, que toca á Italia y desde la cual se ve el África. Si Cartago se



Moneda de Mesina (1)

apoderaba de ella, encerraba á los romanos en la península, cuyas poblaciones sublevaría sin cesar con sus intrigas y su oro; si, por el contrario, los romanos dominaban allí, que-

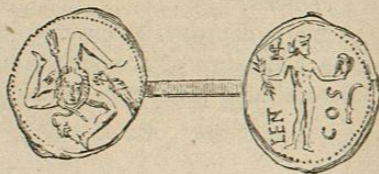


Moneda de Hierón II (2)

daba interceptado el comercio de Cartago y un soplo de viento favorable podía llevar sus legiones en menos de una noche al pie de sus muros.

Tres potencias se repartían la isla: Hierón, tirano de Siracusa desde el año 270, los cartagineses y los mamertinos ó hijos de Marte. Estos antiguos mercenarios de Agátoc-

cles (3), se habían apoderado de Mesina por traición y desde allí infestaban toda la isla, Diodoro los presenta pillando hasta en la costa meridional, donde asolaron á Gela que levantaba sus ruinas. Hierón quiso desembarazar de ellos á Sicilia; los batió, los rechazó sobre Mesina y ya iba á recibir su sumisión, cuando el gobernador cartaginés de Lipari, Hannón, vino á disputarle esta conquista. Los mamertinos se acordaron entonces de que eran italianos, y prefiriendo una protección distante á una amistad demasiado vecina, enviaron á Roma una embajada.



La triquetra (4)

Aquellos mamertinos eran unos infames merodeadores: lo que la guarnición de Regio, tan severamente castigada, acababa de hacer en una de las orillas del estrecho, lo habían hecho ellos ya, y mucho más aún y peor, en la otra orilla, y el senado vacilaba en tomar á su cargo su defensa; pero, menos es-



Moneda de Agatocles (5)

crupulosos los cónsules, llevaron la cuestión al pueblo. Ante él, recordaron la equívoca conducta de los cartagineses en Tarento, y sus establecimientos en Córcega, en Cerdeña, en las islas Liparias y en Sicilia como una cadena que cerraba ya el mar Tirreno y era preciso romper. La ambición de los romanos era una mezcla de orgullo y avidez: querían mandar, porque se creían ya el pueblo más grande de la tierra; querían conquistar para satisfacer su afición á la rapiña, y Sicilia y Cartago jeran una presa tan rica!... El pueblo decidió que se enviara socorro á los mamertinos, y con esto despachó el cónsul sin perder momento al tribuno legionario C. Claudio á Mesina.

Era Claudio, como todos los de su raza, un hombre enérgico que no reparaba en nada por llegar á su objeto. Pasó el estrecho á riesgo de caer en manos del enemigo, y al llegar á Mesina, encontró ya al cartaginés Hannón establecido en la ciudadela, que un partido le había entregado.

Quiso Claudio llamar así algunas tropas; pero las naves cartaginesas cerraban el estrecho. «Ni una barca pasará, dijo Hannón, ni ninguno de tus soldados se lavará nunca las manos en las aguas de Sicilia.» Sin embargo, consintió en una entrevista con el tribuno romano; pero en medio de la conferencia, lo hizo Claudio coger, y para obtener su libertad, tuvo Hannón que entregar la ciudadela.

A su vuelta á Cartago fué puesto en cruz por su impericia; pero Roma abrió el período de sus grandes guerras con una perfidia, que con muchas otras olvidarán los oradores, cuando en el senado y en el foro condenen la fe púnica.

(3) Festo los considera como una primavera sagrada de los samnitas (V. pág. CX).

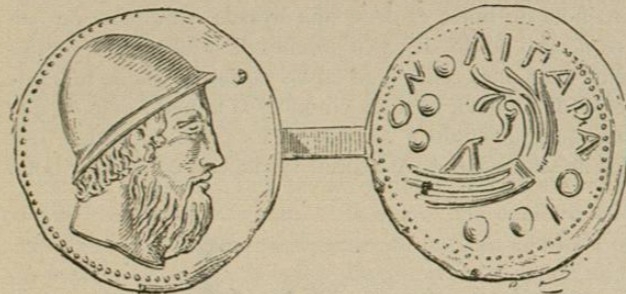
(4) La triquetra, símbolo de Sicilia, la isla de los tres promontorios, Trinacria. En el reverso, LENT. COS. Júpiter, de pie, con el rayo en una mano y un águila en la otra: en el campo, una limpiadera, strigilis. Denario de plata de la familia Cornelia.

(5) ΚΟΡΑΣ. Cabeza de Proserpina por el anverso; por el reverso, una Victoria erigiendo un trofeo; en el campo la triquetra; en leyenda ΑΓΑΘΟΚΛΕΙΟΣ. Moneda de plata de Agatocles, rey de Siracusa.

(1) Liebre corriendo: arriba la cabeza de Pan; abajo una hoja. En el reverso, figura sentada en un carro y coronada por una Victoria; debajo una hoja. Tetradracma de plata de Mesina.

(2) Cabeza de Hierón II adornada con diadema: en el reverso ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΙΕΡΩΝΟΣ, Victoria en una cuadriga al galope; en el campo una estrella. Octodracma de plata.

Hierón y los cartagineses se unieron para sitiar á Mesina y por una horrible precaución mataron á sus mercenarios italianos; pero el estrecho no tiene más que tres kilómetros en su menor latitud, y los aliados no pudieron impedir que el cónsul Apio Caudex aprovechara una noche oscura para pasarlo con 20,000 hombres en barcas y esquifes tomados en todas las poblaciones de la costa. Apio batió uno tras otro los dos ejércitos sitiadores, ó los ahuyentó por ser poco

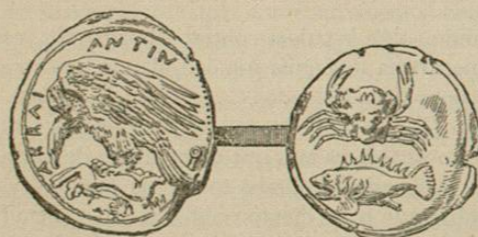


Moneda de Lipari (1)

numerosos, pues Polibio no dice que su retirada fuera consecuencia de una victoria de los romanos.

El cónsul persiguió á Hierón hasta los muros de Siracusa; pero la plaza era demasiado fuerte para tomarla de un golpe de mano, y la malaria de los pantanos del Anapo hubo de obligarlo á retirarse (264), volviendo á Mesina, donde dejó una guarnición. La ocupación de este puerto natural y seguro, bastante amplio para abrigar seiscientas galeras de las antiguas, y bastante profundo para recibir los mayores navíos de los modernos, valía para Roma mucho más que una victoria: allí tenía la puerta de la isla y tomó sus disposiciones para guardarla bien.

Estos afortunados principios empeñaron ya al senado á mantener la guerra con todo vigor, y el año siguiente, los dos cónsules con treinta y seis mil legionarios pasaron á Sicilia, donde cayeron en su poder sesenta y siete ciudades y entre ellas Catania al pie del Etna. Segesta, la más antigua aliada de Cartago en la isla, había pasado á cuchillo su guarnición púnica é invocado su supuesto origen troyano para



Moneda de Agrigento (2)

obtener de Roma condiciones favorables. El senado no tuvo cuidado de rechazar á unos hombres que hallaban el medio de hacerse nobilísimos lisonjeando la vanidad romana y daban tales prendas de parentesco, y los segestanos fueron declarados libres é inmunes (*liberi et immunes*).

Espantado Hierón y reflexionando al mismo tiempo que Siracusa tenía más que perder para su comercio con Cartago que con Roma, se dió buena prisa á tratar: devolvió todos los prisioneros de guerra, pagó cien talentos y quedó por

(1) Anverso, cabeza de Vulcano; reverso, ΑΙΗΑΡΑΙΟΝ, y una proa naval con el acrostolion, adorno que terminaba las proas; los seis glóbulos simbolizan el semillero. Gran moneda de bronce de Lipari.

(2) ΑΚΡΑΓΑΝΤΙΝΟΝ. Un águila desgarrando una liebre, por el anverso; por el reverso, un cangrejo y un pez. Tetradracma de plata de Agrigento.

cincuenta años fiel aliado de los romanos. Jamás fué más dichosa Siracusa. Teócrito estaba allí entonces maldiciendo la guerra y pidiendo á los dioses que arrojaran al mar de los sardos al enemigo que destruía las ciudades sicilianas. Querría creerse que sus idilios son una pintura verdadera de la felicidad de aquel rincón de tierra, mientras el resto del mundo estaba conmovido por el choque de los dos grandes pueblos.

El tratado hecho con Hierón aseguraba á los romanos la alianza del partido nacional en Sicilia y los dispensaba de enviar del Lacio víveres y municiones que hubieran podido apresar las flotas enemigas. Con esto, hubo de aumentarse la ambición del senado y resolvió expulsar á los cartagineses de toda la isla, donde los excesos de sus bárbaras tropas habían hecho odiosa su dominación. Agrigento, famosa entre todas las ciudades sicilianas por el número y las colosales proporciones de sus monumentos, estaba asentada en muy fuertes fundamentos, y por esto, habían hecho de ella los cartagineses su plaza de armas en la isla. Edificada sobre formidables rocas, algunas de las cuales parecían cortadas á pico, y rodeada de dos corrientes de agua que se reunían por debajo de ellas para caer juntas al mar (*il fiume di Girgenti*), habría sido inexpugnable, si su distancia de la playa (18 estadios ó 3,330 metros) no hubiera hecho imposible su abastecimiento.

Los romanos la cercaron sin embargo, pero no sabiendo aún tomar una plaza con ayuda de máquinas, que los griegos usaban hacía ya mucho tiempo, se establecieron al E. y al O. de la ciudad en dos campamentos, protegidos por una doble línea de defensas, contra las salidas de los sitiados y las acometidas de los de afuera.

Allí esperaron siete meses á que el hambre les abriera las puertas; y ellos mismos hubieran sufrido carestía sin el auxilio de Hierón. Aníbal, hijo de Giscón, defendía la plaza con una fuerte guarnición, que más áína acababa con los víveres; pero Cartago acertó á enviar un ejército de socorro bajo la conducta de Hannón, el cual se apoderó de Heraclea y de Erbeso, donde los cónsules tenían sus almacenes.

Con todo eso, Hierón mantuvo la abundancia en el campamento romano, y Hannón fué reducido á dar una batalla, que perdió á pesar de sus elefantes. Desde la guerra de Pirro, no tenían ya los legionarios semejantes máquinas de guerra; así es que en este último empeño hubieron de matar hasta treinta y coger once vivos. Aprovechando la oscuridad de una noche de invierno y la negligencia de los centinelas harto y demás confiados por su reciente victoria, atravesó Aníbal las líneas romanas con parte de los suyos. La malhadada ciudad fué entrada á saco por los vencedores, que vendieron como esclavos veinticinco mil de sus habitantes.

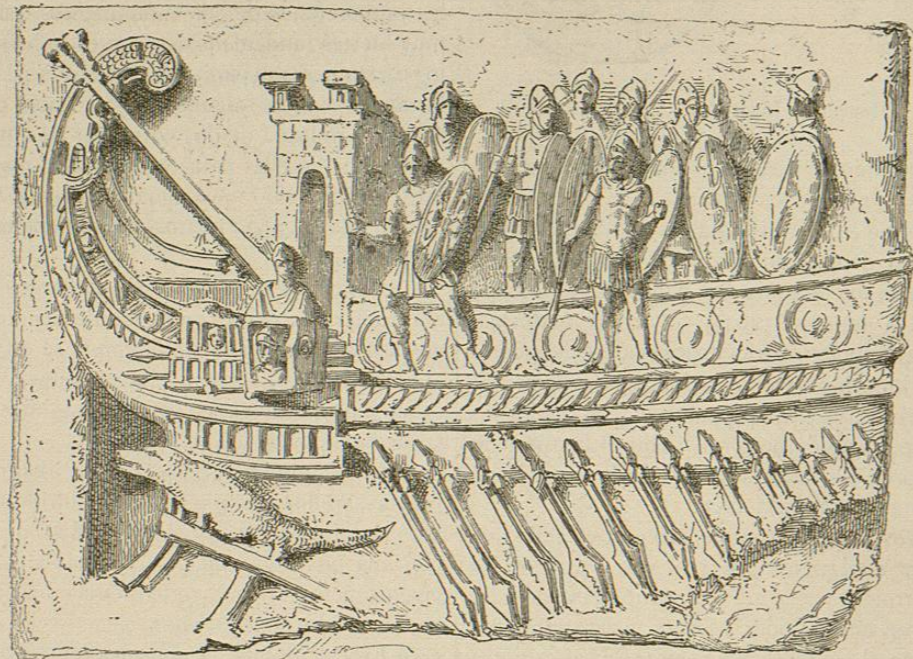
Estas tres campañas y tan prolongado sitio habían comprometido ya la hacienda de Cartago, y se vió obligada á retrasar las pagas de sus mercenarios. Para desembarazarse de reclamaciones demasiado vivas de cuatro mil galos que amenazaban con pasarse al enemigo, un general cartaginés les prometió el pillaje de Entela. Los galos aceptaron y concurren al sitio; pero el cartaginés había ya hecho advertir al caudillo romano, y cayeron los cuatro mil en una emboscada sin que quedara uno á vida.

También los legionarios andaban escasos de dinero por retraso de sus pagas; pero en este ejército de ciudadanos no se oía siquiera una queja. Un día delante de Agrigento un puñado de soldados lucharon hasta morir vendiendo caras sus vidas, á las puertas del campamento, á fin de dar tiempo á las legiones dispersas para reunirse; y si alguna contienda se armaba entre ellos y los aliados, era sólo por ocupar en el combate el sitio de más peligro.

Al tercer año de esta guerra, no poseía ya Cartago en Sicilia más que algunas plazas marítimas. Pero sus flotas hacían estragos en las costas de Italia, cerraban el estrecho y hacían precaria toda conquista. El senado comprendió entonces que era preciso ir á buscar al enemigo á su propio elemento (261). Así el objeto se agrandaba retrocediendo sin cesar. Al principio no se trató más que de impedir que Mesina cayera en poder de los cartagineses; después, de expulsarlos de la isla, y ahora quería el senado expulsarlos de la mar.

### III.—OPERACIONES MARÍTIMAS.—EXPEDICIÓN DE LOS ROMANOS AL ÁFRICA (260-255).

No eran los romanos tan ignorantes en cosas marítimas, como se ha supuesto: conocían la construcción y las ma-



Galera romana: bajo relieve del templo de la Fortuna en Preneste (Museo de San Germán)

al agua ciento veinte navíos y ejercitar las tripulaciones. No todos estos hombres eran marinos nuevos, como quiera que los aliados habían suministrado muchos marineros y pilotos experimentados. Se necesitaba, sin embargo, mucho valor para ir á retar con semejante flota á la primera potencia marítima del mundo. El cónsul Cornelio Escipión fué apresado, es verdad, con diez y siete barcos en una tentativa mal conducida contra las islas Eolias (Lipari), pero su colega Duilio batió cerca de Milés (Melazzo) la armada cartaginesa (260).

En las batallas navales de la antigüedad, armados los barcos de un espolón por la proa, sólo procuraban horadarse por la línea de flotación: la ligereza del barco y la rapidez de las maniobras eran entonces, como ahora, las primeras condiciones del éxito, y la chusma hacía más que los soldados que iban á bordo, ordinariamente en muy escaso número. Atenas apenas ponía diez en sus triremes. Desde la primera campaña el genio militar de los romanos les hizo inventar una nueva táctica: sus barcos groseramente contruídos con madera verde, eran pesadas máquinas que sólo á fuerza de remos podían dirigirse á chocar contra el barco enemigo. Pero Duilio hizo colocar en la proa un puente (1)

(1) Según la descripción de Polibio, poco clara por otra parte, este puente que llamaban *cuervo*, podía correrse á lo largo de las bordas y

niobras de los triremes, y se recordará que la aparición de una flota romana en el puerto de Tarento hubo de provocar la guerra de Pirro. Pero no eran aficionados al mar; desconfiaban del *pérfido elemento*, y como su vida militar había corrido en tierra, no tenían marina permanente, bien que nombraran duunviros navales para que velaran por la conservación de cierto material marítimo. Por otra parte, cuando necesitaban barcos, los pedían á sus súbditos etruscos y griegos. Mas para luchar con Cartago era menester una flota de línea, es decir una armada compuesta de barcos de alto bordo, de cinco órdenes de remos. Un quinquereme cartaginés, encallado en las costas de Italia, hubo de servir de modelo; y tal era entonces la imperfección de este arte, que ha venido á ser hoy una ciencia tan difícil, que dos meses bastaron para cortar la madera, construir y botar

que bajando sobre la galera contraria la agarraba con garfios de hierro y la mantenía inmóvil, dando paso seguro al mismo tiempo á los soldados.

Con esto, la ciencia de los pilotos cartagineses venía á ser inútil: allí no había ya más que un combate de tierra firme, donde el legionario recobraba todas sus ventajas, y Duilio había embarcado hasta ciento veinte en cada galera (2).

Cuando los cartagineses vieron avanzar á la flota romana corrieron como á una victoria segura. Treinta galeras que formaban la vanguardia fueron las primeras en llegar; pero cogidas por los garfios del puente, ni una sola pudo retirarse; hasta la almiranta, con sus siete órdenes de remos, fué apresada por aquel brazo y aquella mano de hierro, y Aníbal, el antiguo defensor de Agrigento, que la montaba, apenas tuvo tiempo para huir en un esquife. Lanzó, sin embargo, sus demás galeras contra los costados y las popas de los barcos romanos; pero á pesar de la rapidez de sus evoluciones, siempre encontraban enfrente y en amago al formidable cuervo.

Veinte galeras más fueron apresadas; había ya tres mil

caer sobre la galera enemiga por la proa, por la popa y por ambas bandas.

(2) Otros hacen subir á 200 el número de soldados que Duilio embarcó en cada una de sus galeras.

cartagineses muertos y seis mil prisioneros, y los demás huyeron espantados. El ejército de tierra levantó á toda prisa el sitio de Segesta; las tropas que defendían á Macela dejaron tomar la plaza al asalto, y el general cartaginés huyó con algunas fuerzas á Cerdeña, donde amotinados sus mismos mercenarios le dieron muerte de cruz.

Estos éxitos fueron los resultados materiales de la victoria; pero esta tuvo otro mayor: el prestigio de la superioridad marítima de Cartago estaba ya perdido, y cualesquiera que sean los desastres que el porvenir reserve á la armada romana, el senado no renunciará á la mar. Sabe ahora que puede vencerse á Cartago, y los últimos acontecimientos le han enseñado que en la mar se hace la conquista de las islas. Ya dirigía una flota contra Cerdeña y meditaba una expedición al África. Inusitados honores recompensaron á Duilio: además del triunfo, se le erigió una columna en el Foro y se le concedió el derecho de hacerse conducir por la noche á su casa á la luz de las antorchas y al son de las flautas. En la sencillez de aquel tiempo no se había sabido hacer nada mejor para honrar al primer vencedor de Cartago.

Después de la victoria de Milés, habían dividido sus fuerzas los romanos. Mientras el ejército de tierra libertaba á Segesta, el cónsul Cornelio Escipión con una parte de la flota, persiguió hasta Cerdeña á las galeras cartaginesas que se escaparon del primer desastre y las destruyó, comenzando entonces la conquista de esta isla y de Córcega, cuya capital, Aleria, tomó muy luego. Maltratado por el mar á su regreso, dedicó un santuario á *Tempestas*, y quiso que se consagrara en su sepulcro el doble recuerdo de su conquista y de la protección que le dispensara esta singular divinidad:

*Hic cepit Corsicam Aleriamque urbem  
Dedit Tempestatibus aidem merito.*

Cartago envió entonces á Panormo un gran general, Amílcar. Un día, con hábiles maniobras, hubo de encerrar á las legiones en un desfiladero, de que no salieron sino por la abnegación de Calpurnio Flamma. Era un tribuno legionario, que se ofreció á ocupar con cuatrocientos hombres una colina, desde donde podía cubrir la retirada y detener ó entretener al enemigo. «Os doy la vida á tí y á la república,» dijo al cónsul. Todos perecieron en la demanda, menos el tribuno, que se encontró vivo bajo un montón de cadáveres. Recibió una corona de musgo en recompensa. «Entonces, dice Plinio, era esta la más noble recompensa (1).» Catón lo compara con Leónidas y se queja de los caprichos de la fortuna, que dejó su nombre en la oscuridad. Olvidaba sin duda que no es la muerte, sino el objeto por que se muere, lo que da la inmortalidad á la víctima. Calpurnio, como tantos soldados en nuestros anales, no salvaba más que una legión; Leónidas salvó su patria, la Grecia entera y la civilización del mundo (258).

Sin embargo, la guerra languidecía: Amílcar había destruído la ciudad de Erix (Erice), donde sólo dejó en pie el templo erigido por Eneas á su divina madre, la Vénus Eriena, que los fenicios confundían con su diosa Astartea. Transportó su población á Drepano y concentró sus fuerzas en esta ciudad y Lilibea, dos plazas inexpugnables, cuyas inmediaciones estaban cubiertas por el mar y por muchas ciudades que los cartagineses ocupaban aún en las costas y tierra adentro.

(1) Plin., *Hist. nat.*, XXII, 11; Aulo Gelio (III, VII) lo llama Cecidio; otros Laberio.

Menguando al parecer la fortuna de Roma, se produjeron peligrosas defecciones. En el centro de la isla, Enna, la ciudad santa cuya divinidad poliada, Ceres, era venerada en toda la Sicilia; en la costa meridional, la gran ciudad de Camarina, hasta Agrigento, volvieron á los cartagineses. Si las legiones, en vez de volver á Roma á fines del estío, según la costumbre, no hubieran invernado en la isla, todo estaba comprometido. Pero los cónsules de 258 recobraron las plazas perdidas, pasando á cuchillo á los principales ciudadanos y vendiendo como esclavos los demás. Era el uso establecido y practicado por una y otra parte. Entre los antiguos, cuando la ciudad sucumbía, perecían los particulares. Hacienda destruída, familia perdida, deshecho el hogar doméstico, derribados los dioses penates: ayer en los honores del patriciado, mañana en las miserias de la esclavitud: tal era la suerte de los vencidos, cuando el día de la derrota no habían caído bajo la espada del soldado ó bajo el hacha del licitor. Por el contrario, el carácter atroz de la guerra daba al patriotismo una energía que no conocemos ya.

Estos triunfos en el interior de la isla y otra batalla naval que creyó haber ganado cerca de Lipari el cónsul Atilio decidieron al senado á la más atrevida empresa. Armáronse trescientos treinta barcos, que montaron cien mil marineros soldados y los dos cónsules Manlio Vulso y Atilio Régulo con la resolución de pasar por en medio de la armada cartaginesa y desembarcar en África.

Las dos flotas se encontraron á la altura de Ecnome (2). Era el más grande espectáculo que hubiera visto aún el Mediterráneo: trescientos mil hombres iban á combatir en aquellos barcos. La armada romana, formada en triángulo de doble base, que envolvía los barcos de transporte, tuvo á raya á los cartagineses que no se atrevieron á acometer, y á pesar de una hábil maniobra para atraer mar adentro la cabeza de la flota enemiga y separarla de su poderosa retaguardia, perdieron noventa y cuatro navíos de sus trescientos cincuenta, mientras sólo veinticuatro galeras romanas se fueron á pique (256).

Los restos de la armada vencida fueron á refugiarse á Cartago, donde sin perder tiempo se armaron más barcos y se levantaron tropas para guardar la costa. Pero la inquietud y confusión subieron de punto cuando se supo que los romanos habían desembarcado cerca del promontorio de Mercurio ó Cabo Bueno y sitiaban ya á Clipea. Régulo no se había tomado más que el tiempo preciso para reparar las naves desmanteladas y abastecerlas de víveres. Las tropas se espantaban de una guerra en Africa, tierra de monstruos de donde se contaban tan espantables cosas, *Africa portentosa*: hasta un tribuno legionario se había atrevido á murmurar, mereciendo que Régulo le amenazara con las hachas, y el ejército partió á pesar de tan supersticiosos temores. Tomada Clipea, y no cubriendo el país ningún ejército ni plaza fuerte, se dispersaron los romanos por aquellos ricos campos, que no había pisado el enemigo, desde Agátocles, y cuya fecundidad favorecía un hábil sistema de irrigación, y en pocos días hicieron veinte mil prisioneros y un botín incalculable.

Engañado el senado por estos primeros triunfos, llamó á Manlio y sus legiones, lo cual fué una gran falta. Parece ser que Régulo solicitó igualmente volver á Roma, porque el colono que había dejado para cultivar un campo de siete arpentas, su único patrimonio, había huido con el arado y los bueyes. El senado le contestó, que todo se recobraría, que su campo se cultivaría y que su mujer y sus hijos serían asistidos á expensas del tesoro. Así tranquilizado permane-

(2) Montaña entre Gela y Agrigento.